

Jaime Manrique, *Maricones eminentes. Arenas, Lorca, Puig y yo*, Madrid, Editorial Síntesis, 2000. 205 págs.

Maricones eminentes, traducido por Juan Camacho del original *Eminent Maricones. Arenas, Lorca, Puig and Me* (The University of Wisconsin Press, 1999) es una lectura muy peculiar sobre la presencia de la homosexualidad en cuatro grandes escritores: Manuel Puig, Reinaldo Arenas, García Lorca y el propio autor de la obra, Jaime Manrique. Testigo de cómo el sida acabó con Arenas y tal vez con Puig, Manrique nos cuenta su evolución personal sin omitir ni adornar los hechos. El incesto, el enamoramiento precoz, la lucha entre la exquisitez y la marginación, configuran unos modos de ser excesivos que exigen una sexualidad también excesiva, y que puede tener un destino por eso mismo trágico, aunque plagado de visiones y aciertos artísticos.

Entendemos las metáforas de *Poeta en Nueva York* mucho mejor después de leer lo que Manrique nos desvela en su libro sobre la personalidad de Lorca y de sus relaciones reales con sus amigos y con sus amantes, que corren paralelas a las de los personajes de la ficción.

La vida de Manrique, contada en estilo de diván de sicólogo, sin adornos, se vuelve para el lector, sin embargo, casi realismo mágico: La madre y su libertad para amar, el *voyerismo* del niño, el descubrimiento de la sexualidad y los traumas, el bestialismo, el descubrimiento de la literatura, el conocimiento de ciertos escritores vivos y finalmente la confesión madura, la mirada retrospectiva que integra el psicoanálisis y el arte.

Indagando en el significado biográfico de algunos versos, Manrique hace inteligibles aspectos de las obras de Arenas, Lorca o Puig, que han sido oscuros para el lector. A menudo tiende Manrique a ser descriptivo, evitando valoraciones morales sobre los hechos, pero sin evadir el debido registro para cada tema, lo cual colorear extraordinariamente la obra, permite el humor y el guiño, el diálogo entre lo académico y lo inocente, entre lo serio y lo subversivo. La aventura existencial de estos escritores parece girar en torno a su homosexualidad, una sensualidad exuberante que es vivida a la sombra de fascismos o comunismos políticos y sociales que les llevan a subvertir el orden del matrimonio y convertirse en solitarios más o menos desgraciados.

Manrique describe, al hilo de su propia biografía, las ciudades y los detalles de la vida en cada nuevo lugar. La gente tiene el carácter de los lugares. Él se siente muy bien por esa razón en Bogotá, ciudad de la que toma su acento melancólico y verde.

Manrique aprende primero hebreo. La literatura y el cine le atrapan tanto o más que la vida. No nos narra tanto sus correrías como hace Arenas en sus novelas sino cómo se va ampliando su mundo a base de cultura, viajes y aventuras, tan propiciadas por su madre como por él mismo. El erotismo del campo americano desborda cualquier ley humana: "Tuve una infección terrible en los testículos, algún tipo de enfermedad venérea que había cogido, probablemente mientras follábamos burros con el tío Hernán." (p. 62) La biografía manriqueña contiene todo lo que suelen callar otras biografías. Contiene lo subversivo. Y es a la vez una biografía profundamente seria y conmovedora. Los deseos excesivos traen destinos excesivos. Nos narra el

suicidio del Arenas que ya no podía soportar su deterioro físico, ese Arenas que alguna vez deja caer en el *Color del Verano* que el hombre no debería vivir más de cincuenta años.

Y nos estremece con las indagaciones que hace sobre la muerte de un Puig delirante a causa de las operaciones. De alguna forma, como el mismo Arenas, tiene una idea de artista "loca", que se salva por ser artista del fuego y de la degradación con que juega. La voluptuosidad de la literatura la comprendemos muy bien después de leer los recuerdos y las reflexiones de Jaime Manrique. Puig es retratado en el comentario de complicidad que le dirige a Manrique ante el saludo efusivo de unos estudiantes extranjeros "¡No ves, soy famosa!" Y a la "loca" corresponde una mirada singular sobre el mundo y sus cosas. Arenas *amariconaba* literalmente al propio Cristo en su desesperada parodia de la vida.

Manrique deja ver la ternura que buscaba Lorca en sus amantes. Puig gozaba de su obrero de la construcción, y el propio Manrique se autorretrata como un adorador de su tío cuando descubrió el sexo con él. Vemos a través de Manrique a un Lorca preocupado por la astrología, que se encuentra con otro géminis como él y hacen el amor. Vemos al Lorca que va buscando aventuras no intelectuales. Los hombres no se aman en el universo de Lorca con la tranquilidad de los griegos, sino que por todas partes hay amenazas de muerte, de gente asesina, como si hubiera vivido su homosexualidad con el presentimiento de su asesinato. La literatura fue una manera de hacerse digno, como decía Cernuda. Pero no por eso dejaron nunca de ser subversivos "Donde hay tantas putas es imposible poner orden", dice Reinaldo Arenas citando la *Carajicomedia* en una de sus novelas. El dogma es subvertido a través de la eliminación del tabú. Las locas lo han visto todo y lo han olido todo. Lo mismo han masturbado a los gatos, como Arenas, que follado burros como Manrique. Más ancho que el mundo de Celestina es el de las locas y más el de las locas de carrera. Una loca se esconde detrás de cada cual según la habilidad de Arenas para usar el masculino o el femenino. Entre las locas toda posible combinación ya ha sido vista: el padre con el hijo, la cuñada con todos los hermanos, la madre con el hijo, el hombre con las bestias. Toda subversión es en cierto modo humanizada, como hace Almodóvar, generalizada, mezclada con lo serio, para que los diferentes registros aparezcan como máscaras más o menos sofisticadas, en vez de cómo esencias o definiciones. Nadie es solo intelectual, solo serio, solo ético, solo político... sino una amalgama de máscaras con su correspondiente registro. Así los propios mitos engendrados por las obras y la fama ponen en evidencia historias más mezcladas, más promiscuas, donde se cuecen juntas emociones y razones, burlas y veras, arte y vida.

La obrita funciona como *Historial de un libro* de Luis Cernuda, pero sin pudor. Proporciona el contexto para comprender la creación de las obras de estos escritores. De las experiencias eróticas y de los enamoramientos juveniles derivan explicaciones importantes para el crecimiento de estos artistas. Manrique suele presentarlos vinculados a una clase social, condicionados por esa pertenencia, del mismo modo que el paisaje afecta a las personalidades.

La experiencia social de Manrique es amplísima, su educación atraviesa culturas, contacta con gentes diversas, conoce su ilustre genealogía, reflexiona sobre su identidad y nos ofrece un cuadro precioso de la surrealista vida en el Nuevo Mundo.

Jaime nos dice que a Lorca le encantaron los negros cubanos y que los seguía embelesado. Y cómo se las arreglaba Dalí con tantos chulos. Y el furor de Arenas. Y tantos detalles más que no hubieran encontrado cabida en una biografía convencional. El poder subversivo de la palabra se vuelve un arma arrojadiza. Las locas de Arenas no dejan títere con cabeza. Arenas se enfrenta a la tragedia con la sátira, no consigue (ni persigue) la solemnidad de los monólogos cernudianos. Arenas utiliza el registro más subversivo de todos ellos. Tan irreverente como Passolini y tan gracioso como Almodóvar, y a veces tan asustado como Kafka, cerrado con muchos cerrojos en su apartamento neoyorkino. El submundo americano se expresa en un discurso travestido, dirigido a todos con el mayor descaro pero también con el gran refinamiento de la cultura y de la mirada sensible e inteligente. Es consciente del cinismo que impera en el mundo académico. Las locas han ido ganando espacio público. No son encarceladas como Wilde (o salen del encarcelamiento, como Arenas) y se respeta su lengua afilada e iconoclasta. Pero las locas andan entre los seres destruidos y no cosechan grandes destinos. Reinos subversivos en lo erótico y en lo literario. Usan, en los textos de Arenas, de preferencia el femenino aunque se desdoblán a cada paso recobrando su identidad masculina o su nombre de pila.

Desde la visión de Manrique la sexualidad de los tres escritores está marcada por lo excesivo, lo peculiar, lo subvertido. Porque los placeres prohibidos tienen, como para Shakespeare, para quien los saborea con la intensidad del dios del amor, la virtud de hacer irreverente al que los persigue. Las aventuras clandestinas parecen protagonizarlo todo en Arenas, y en Lorca también las hubo, y en Puig y en Manrique, desde niños. Manrique prefiere la exposición de los hechos con una mirada analítica que describe más que enjuicia los asuntos de la sexualidad humana. Indomable fuerza que mueve a su madre como a él, o a los otros escritores. Las locas de Arenas tienen un acusado sentido del humor. Las de Lorca son patéticas y son rechazadas en honor de un amante más masculino como el prototipo Walt Whitman. Arenas va por las calles de Nueva York como por un desierto cultural pero en busca de aventuras constantes. Manrique señala el origen campesino de Arenas para justificar ciertos rasgos de su carácter. Eso tal vez le hacía más incómodo el tratar con los ricos o los asentados. Se ceba en los exiliados que funcionan de enemigos y siempre exalta la excentricidad de sus locas.

Son seres perdidos en un submundo donde sólo recogen el premio de la voluptuosidad. Pero para algunos eso es mucho, como para Arenas. Y la voluptuosidad se halla en la libertad. Las locas no tienen cura. Genio y figura. El discurso de Arenas es la parodia absoluta de todos los discursos. En ocasiones las locas de Arenas están desesperadas y arremeten contra los académicos por no reconocerlas como debieran. Son locas subidas en una espiral iconoclasta. Manrique cuenta sus últimas impresiones sobre Arenas, con una descripción de su estado muy ilustrativa, muriéndose de sida pero rodeado de sus tres queridos manuscritos, en los que se insiste en la venganza del discurso. La subversión de los temas propuestos consiste básicamente en introducir el sexo como promiscuidad que penetra todos los ambientes y todas las clases y las mezcla en una carnavalesca orgía social.

En Arenas también se aprecia la literatura de la yerba. Me refiero a la que se escribe fumando marihuana o hachís. Uno tiene esa impresión cuando lee a Arenas en muchas ocasiones. Se percibe ese estado de mente voluptuosa, jugueto-

na. Lo erótico toma el discurso y se disipa la pátina seria del lenguaje académico.

El color del verano de Arenas se organiza en una serie de episodios que normalmente se redactan de un tirón, al hilo del diario. Están protagonizados por los mismos personajes igual que en un diario, tienen la capacidad de expresar lo que quieren sin límites. Arenas clasifica a los homosexuales –pajáros- en clases. A menudo usa la clasificación para organizar un discurso subversivo. La meta es conseguir que los académicos escuchen a un artista en peligro de extinción, algo que recuerda a Max Estrella, aunque en otro tiempo y con otras libertades de registro.

Las cosas que eran tabú salen a la superficie en la conversación cotidiana de las locas: “En el platanal hay un plátano, un plátano gigantesco, más grande que el que se mete Rapet Diego en el culo!” Escribe Arenas.

Detrás de cada uno de los personajes tratados por Manrique parece haber una madre muy influyente y que permanece a lo largo de la vida.

El discurso de Arenas incorpora a los personajes de la revolución cubana convertidos en esperpentos. Las locas se aprovechan del esperpento para dirigirse al mundo académico, al cual quieren llegar, y no precisamente con los temblores humildes de los místicos, sino con toda la sorna de los pícaros y los que viven la vida desde fuera del rebaño.

Creo que también hay una sátira producida por la marihuana y las circunstancias de Arenas. Manrique refiere que pocos días antes de suicidarse, Arenas le había pedido yerba para las náuseas causadas por el sarcoma. Yo siento que el hábito de escribir fumando está en las páginas de Arenas. Quizás la tendencia a la subversión, a la mezcla de códigos y a escribir al hilo de lo diario. No se trata de hacer una definición de la literatura de la yerba que sería tan variada como sus productores, sino de señalar que la marihuana está presente en la forma en que escribe Arenas. La imaginación erótica se impone en la reflexión incluso sobre el David de Miguel Ángel y el autor aprovecha para reconstruir una escena muy subversiva en la que el artista es sodomizado por un bello joven. Ese tipo de orgías imaginarias que se nutren de visiones reales y de otras caricaturizadas fluyen mejor cuando se está fumado. Y creo que son reconocibles. La literatura del que fuma busca en lo imaginario erótico obsesivamente. Manrique trata a Puig y a Arenas en vida y porque los conoce desde la complicidad es capaz de alumbrar algunos de sus escritos con el trasfondo vital que contienen. Por su solitario destino arrastran la maldición de la escritura que convierten en su alimento. Y la vieja bohemia modernista y maldita, con su discurso subversivo y desmitificador, sobrevive gracias a estos personajes.

Luis Miguel Vicente García
Universidad Autónoma de Madrid